

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO B

3ª Lectura (Mc. 12, 28-34)



“Este es el primer mandamiento. El segundo le es semejante”

«En aquel tiempo, un letrado se acercó a Jesús y le preguntó: – ¿Qué mandamiento es el primero de todos?»

Respondió Jesús: –El primero es: “Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor; amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser”. El segundo es éste: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No hay mandamiento mayor que éstos.

El letrado replicó: –Muy bien, Maestro; tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios.

Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: –No estás lejos del Reino de Dios. Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.» (Mc. 12, 28-34).

“**Un letrado**”: S. Mateo dice “*uno de los fariseos*” (Mt. 22, 35). El letrado era de la corporación farisea. Los fariseos son una facción religiosa conservadora, en abierta oposición a los revoltosos e irreflexivos saduceos; pero que, en esta ocasión, dado el odio que le tienen a Jesús, no pueden sobreponerse y finalizan hermanándose con los odiosos y odiados saduceos para acabar con Dios. Así ocurrió también con Herodes y Pilato:

«*Aquel día Herodes y Pilato se hicieron amigos, pues antes estaban enemistados.*» (Lc. 23, 12).

Jesús había hecho callar a los saduceos con motivo del tema discutido de la resurrección de los muertos (cf. Mc. 12, 18-27). Pero no pueden soportar los fariseos, dice S. Mateo, la derrota de sus enemigos saduceos, pues es más el odio que le profesan a Dios, que el odio que le profesan a sus enemigos:

«*Al oír que había hecho callar a los saduceos.*» (Mt. 22, 35).

“**Se acercó a Jesús**”: S. Mateo dice que “*se acercaron los fariseos*” (Mt. 22, 34) no para reconocer la supremacía divina sobre la maldad saducea, sino para expresar a Jesús el rechazo fariseo y saduceo en el mismo acto hipócrita de acercamiento. Tal vez también querían estos fariseos demostrar a sus adversarios saduceos que los fariseos eran más perspicaces que ellos y que vencerían a Jesús, cosa difícil a un vulgar saduceo.

«LOS FARISEOS SE PUSIERON DE ACUERDO.

“*Se pusieron de acuerdo*” para vencer a la muchedumbre a la que no podían superar con la razón. Quienes se armaron con la muchedumbre, confesaron haber sido descubiertos por la Verdad. Se decían: “*Que uno hable por todos y todos hablaremos por uno. Así, si vence, todos apareceremos como vencedores; si, por el contrario, es vencido, sólo uno quedará confundido*”. ¡Menudos fariseos, que hacéis y pensáis todo de cara a los hombres! Primero vinisteis con uno y fuisteis vencidos por uno. Sin embargo, como ahora uno solo es el vencido, los hombres no entienden que los vencidos sois todos vosotros, ¿acaso vuestras conciencias soportan estar confundidas? Leve es el consuelo para quien interiormente sufre la confusión.» (ANÓNIMO, *Obra Incompleta sobre el Evangelio de Mateo*, 42; PG 56, 872).

“Y le preguntó”: Se establece un orden riguroso para no errar en el intento de reducir a Jesús a la nada. De aquí la intervención de uno, mientras los demás callan, pero permaneciendo al acecho en su odiosa observación de cada gesto y palabra de Jesús para arruinarlo.

«EL MOTIVO ES LA ENVIDIA, NO EL ENTENDIMIENTO DE LA LEY.

Los fariseos, llenos de una envidia y de una desvergüenza incommensurable, puesto que después de haber sido humillados los saduceos Jesús era tenido en gran consideración por las masas, de nuevo con hipocresía le preguntaban, probándolo, si podía añadir algo al primer mandamiento, como corrigiendo la Ley, para encontrar un motivo contra Él. Mateo y Lucas dicen que era un “experto en la Ley” el que preguntó, mientras Marcos dice “escriba”. Esto no indica desacuerdo, pues ambos representan al que pregunta como alguien instruido en la Ley y como un maestro de la Ley que es un intérprete de la Ley para el pueblo. Pero el Señor descubre su maldad públicamente, pues no fueron hacia Él para que interpretara la Ley, de manera que se beneficiaran, sino porque estaban poseídos por la envidia. Así Jesús enseña que no se debe en parte amar a Dios y en parte estar apegado a las cosas del mundo. Mediante esta enseñanza Jesús dijo que su mandamiento era el resumen de todos los mandamientos. El experto en la Ley creyó que pondría a Jesús en peligro como uno que se hace a sí mismo dios. Cuando no contesta esto, el experto en la Ley lo alabó como Marcos señala (cf. Mc. 12, 32-33).»

(S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, Fragmentos sobre el Evangelio de Mateo, 251; MKGK 238).

Añade S. Mateo que la pregunta es “*para ponerlo a prueba*” (Mt. 22, 35) a Jesús. Ésta es la debilidad de los pseudo-sabios, de los que alardean de ser fuertes, de los que piensan que saben o pueden algo. Se sienten sabios y fuertes atacando la sabiduría omnipotente, que los confunde en Cristo Jesús. ¡Pobres ignorantes! Así fueron y así siguen siendo hoy todos los siniestros sanguinarios de la tierra.

La manía de someter a prueba al mismo Dios, como en un banco de pruebas para examinar la calidad de los materiales, viene de muy antiguo:

«No endurezcáis vuestro corazón como en Meribá, como el día de Massá en el desierto, donde me pusieron a prueba vuestros padres, me tentaron aunque habían visto mi obra.» (Sal. 95, 8-9; cf. Hebr. 3, 7-9).

Continúa este delirio mundano en el hoy de la Iglesia. Se le sigue sometiendo a Dios y a su Iglesia a la prueba de la calidad en sus obras. Pero como el mundo cree que cuando la Iglesia da a Dios es como si diese nada, entonces lo que hace es mundanizar a la Iglesia para que pase el control de calidad (algo así como la ITV de un vehículo) y adquiriera así la Iglesia el tinte nativo del príncipe de este mundo, sólo así se la considera de calidad.

Pero lo más desgraciado es que no pocos pastores se han dejado engañar por el aplauso mundano, pensando que todo su éxito va a consistir en secularizar lo sagrado, en mundanizar lo divino; en degradar la calidad de la Iglesia hasta dejarla convertida en una ONG, una sociedad de ocio, o a lo sumo en un taller de inventos novedosos donde se puede uno atrever a lo prohibido. ¿Han superado los pastores mundanos la prueba? –Para el príncipe de este mundo, sí; para la Iglesia fundada por Cristo Jesús, no.

“¿Qué mandamiento es el primero de todos?”: Investido de finura, distinción y renombre, hace una inocente pregunta: “¿Cuál es el mandato principal?”

No es de extrañar tal pregunta, pues los doctores rabinos enseñaban 613 mandamientos (248 entre preceptos graves y leves, y 365 prohibiciones de la ley). Entre tantos preceptos como habían inventado en el judaísmo, no se sabía cómo establecer una axiología de valores.

Pero... ¿por qué me preguntas, si tienes la solución en la Escritura? No busques en otro lugar la solución a tus problemas. Acude al testimonio de Dios.

“Respondió Jesús”: Impresiona la paciencia de Jesús para con sus hipócritas enemigos, que buscan cazarlo en cualquier palabra para matarlo. La paciencia de Dios es propia de un padre que busca a su hijo, propia del buen pastor que busca la oveja perdida.

Aquí tienes tú, mi querido hermano, el modelo de reacción ante las insidias ininterrumpidas en las que te ves afectado. Tu respuesta estará orientada siempre hacia la conversión del perseguidor, no a la defensa de tu persona, o al ataque contra el agresor injusto.

“El primero es: S. Mateo habla del mandamiento principal y primero (cf. Mt. 22, 38). Fíjate bien: “*el principal*”. No dice Jesús: uno principal, sino “*el principal*”. Todos los demás preceptos divinos y humanos no superan ni pueden anteponerse a éste.

¿Es así tu vida frente a este mandato divino? –Pues entonces obras bien, de lo contrario obrarías contra natura. Serías destructor de la naturaleza humana: como Adán, como Caín, como Satán. Pero tu amor a Dios, por encima de todo y de todos, te asienta en el mismo lugar en el que Dios te ha querido ubicar.

Si estás ante el mandato “*principal*”, no me vengas con tanto énfasis, con detrimento de lo “*principal*”, con eso del desarrollo industrial; es decir, con eso de los hierros y más hierros, con eso de hormigones y más hormigones, con eso del cobre y del acero, del plástico y el vidrio, con eso...

¿No te sientes humillado y deprimido al posponer a Dios por unos trozos de hierro, que hacen mucho ruido, y muy molesto? Por favor, no pongas tanto énfasis, con detrimento de lo “*principal*”, con eso de la cultura; es decir, con eso que ves y oyes en radio, televisión, internet; con eso que se lee en periódicos, revistuchas insulsas, torpes y sin valor positivo para la vida eterna. Y, ¿me atreveré a decirlo?: no pongas tanto énfasis en la familia, y, ¿por qué no decirlo?, en el apostolado. Todo cae, con caída mortal, ante el mandamiento principal: amar a Dios con todo el corazón; es decir, sin otra cosa que lo ocupe, fuera de Dios.

Ahora te salgo al paso de otra dificultad: el orden de valores. Puede ser que tengas amor a Dios, como así lo expresa tu vida de oración, penitencia, autodominio, etc., pero ese amor ¿es lo “*primero*”? ¿O pospones a Dios por otros valores perentorios? –Entonces no sería verdad que tengas el amor a Dios por el mandamiento “*principal y primero*”.

¡Arráncate de ti, rompe toda estructura axiológica personal y lánzate sin miramientos al amor; es decir, a la oración personal con Dios, en retiro, soledad y silencio, en exclusiva y con olvido de todo lo creado! ¡Arráncate y serás santo! Todo lo demás necesario y querido también por Dios, queda en un segundo plano, como mero medio para conseguir el fin principal, el amor a Dios y al hermano.

“Escucha, Israel: El Señor, Nuestro Dios, es el único Señor”:

Jesús cita la primera parte del *Shemá*, u oración que los judíos repetían en las mañanas y en las tardes:

«Escucha, Israel: Yahveh nuestro Dios es el único Yahveh. Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza.» (Deut. 6, 4-5).

“Amarás”: La sabiduría mundana, que es perversa, acude a Dios para destruirlo: los sabios entontecen. Hacen preguntas de niños, pero Jesús les remite al catecismo, y por si no lo recuerdan, Jesús mismo les refresca las ideas: *“amarás”*. Y vosotros venís odiando con todo el corazón, con toda el alma y con todo el ser.

Jesús no entra en disputas de escuelas (fariseos-saduceos). Alude a las Sagradas Escrituras:

«Escucha, Israel: Yahveh nuestro Dios es el único Yahveh. Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza.» (Deut. 6, 4-5).

Este texto del Deuteronomio era la profesión de fe que los israelitas rezaban diariamente en la mañana y en la tarde (la *Shemá*). La llevaban escrita en una pequeña tira de pergamino, que guardaban en una cajita y que ataban a la frente o al brazo izquierdo. Se trata de las llamadas filacterias, que tanto apreciaban los fariseos. Por tanto, el texto mencionado por Jesús es un texto familiar a todos.

“Al Señor tu Dios”: Para que no hagas poesía barata del amor, te orienta Jesús por el único camino que es auténtico camino: Dios. Si en ti no hay una dedicación intensa al amor de Dios, tu vida es una farsa punible; pero si en el norte de tu vida lo primero es el amor a Dios, entonces no hay nada más que desear: ¡sigue ese camino recto, que te llevará infaliblemente a los brazos de Dios!

Como tu Dios es el Señor, no permitas que se enseñoree de tu vida señor alguno fuera de Dios. Aléjate de todo lo mundano: riquezas, honores, dominios, hedonismos, vanidades... No sean éstos tus señores, sino sólo Dios.

“Con todo tu corazón”: Todo tu corazón ha de quedar volcado en amor a Dios. No te queda resquicio para amar criatura alguna fuera de Dios. Luego, solamente puedes amar a Dios. Entonces, ¿cómo amar a los hombres? –Sólo en Dios.

«NO DEBE HABER DIVISIÓN ALGUNA.

La expresión “con todo” no admite ninguna división en partes. Cuanto de amor malgastes en las cosas inferiores, eso mismo te faltará respecto al “todo”.» (S. BASILIO EL GRANDE, Homilías sobre los Salmos, 44, 2; PG 29, 392).

«NEGACIÓN DE TODAS LAS COSAS.

*La causa por que le es necesario al alma para llegar a la divina unión de Dios pasar esta noche oscura de mortificación de apetitos y negación de los gustos en todas las cosas, es porque **todas las afecciones que tiene en las criaturas son delante de Dios puras tinieblas**, de las cuales estando el alma vestida no tiene capacidad para ser ilustrada y poseída de la pura y sencilla luz de Dios, si primero no las desecha de sí; porque no pueden convenir la luz con las tinieblas, porque, como dice San Juan, “Tenebrae eam non comprehenderunt”; esto es: “Las tinieblas no pudieron recibir la luz” (1, 5).» (S. JUAN DE LA CRUZ, C. D., Sub. I, 4, 1).*

Es tan noble un acto de amor de tu voluntad, que sólo Dios es digno de él: ¿a quién se lo entregas?

«LA PERFECCIÓN DEL AMOR.

No es propio de cualquiera alcanzar la perfección de la caridad y conocer a quien verdaderamente ha de ser amado, sino sólo de quien ha abandonado el hombre viejo, corrompido por los deseos engañosos, y se ha vestido del nuevo (cf. Ef. 4, 22, 24), que se renueva mediante el reconocimiento a imagen del Creador. Así, el que ama las riquezas, y se dedica de manera desmesurada a la belleza corruptible del cuerpo, y prefiere esta pequeña gloria, puesto que ama esas cosas que no debía con afán desmedido, ese tal permanece ciego respecto a la contemplación del que hay que amar en realidad.» (S. BASILIO EL GRANDE, Homilías sobre los Salmos, 44, 2; PG 29, 392).

“Con toda tu alma”: La anterior expresión del “corazón” afecta a la persona, por lo tanto, también al alma, a la mente y al ser personal

entero. Entonces, ¿por qué ahora la expresión “*con toda tu alma*”? –Parece una intensificación gradual ascendente: “*corazón*”, “*alma*”, “*mente*”, “*ser*”:

- El “*corazón*” afecta más a la voluntad.
- El “*alma*” supone también el entendimiento.
- La “*mente*” supone también la memoria en acto.
- El “*ser*” no deja resquicio a facultad alguna fuera del amor a Dios.

“*Con toda tu mente*”: Se trata del amor a Dios de modo consciente. Aquí vendría bien la doctrina sobre la continua presencia consciente de Dios, que inhabita en el fondo del corazón. Aquí queda condenada a muerte esa dedicación mórbida a poner la mente en el diálogo con uno mismo, o en fabulaciones pueriles, o en cualquier otra cosa que no sea Dios.

“*Con todo tu ser*”: Hasta tal punto debe poner el hombre su ser y su obrar en el amor a Dios, que no le quede fuga alguna para orientarse hacia algo que no sea Dios.

Todo el amor que pones en las criaturas, se lo robas a Dios, decía en este sentido S. Juan de la Cruz.

“*El segundo es éste*”: Ahora te salgo al paso, como te decía anteriormente, de otra dificultad: el orden de valores teológicos. Puede ser que tengas amor a Dios, como así lo expresa tu vida de oración, penitencia, autodomínio, etc., pero ese amor ¿es lo “*primero*”? ¿O pospones a Dios por otros valores perentorios? –Entonces no sería verdad que tengas el amor a Dios por el mandamiento “*principal y primero*”.

¡Arráncate de ti, rompe toda estructura axiológica personal y lánzate sin miramientos al amor; es decir, al amor a Dios en la oración personal con Dios, en retiro, soledad y silencio, en exclusiva y con olvido de todo lo creado, y al amor al prójimo como a ti mismo! ¡Arráncate de ti y serás santo!

Dice S. Mateo que el segundo mandamiento es semejante al primero (cf. Mt. 22, 39). Va en sintonía con el primer mandamiento. En realidad, es un mismo amor: tiene por fin el amor divino: amor a los hombres en Dios, y amor a Dios en sí mismo y en los hombres.

La palabra “*semejante*” es una expresión analógica. El amor a Dios en parte es igual al amor al prójimo, y en parte es diferente. Es un mismo género de amor, va en la misma línea, pero en el amor al hombre no llega el amor a aquella categoría de amor que llamamos culto: latría en Dios. Por eso posponemos al hombre ante la sublimidad de Dios. Así hacía Jesús, retirándose a los lugares solitarios para hacer oración, cuando las gentes (sordos, mudos, paralíticos, endemoniados...) lo buscaban para hallar la salud:

«Una numerosa multitud afluyó para oírle y ser curados de sus enfermedades. Pero él se retiraba a los lugares solitarios, donde oraba.» (Lc. 5, 15-16).

¡Haz tú lo mismo!: *primero* y principal, Dios; *segundo* y secundario, el hombre; *tercero* y sin gran valor, lo demás. Pero todo en Dios.

“**Amarás**” : Es el acto más noble de la voluntad humana, pero que adquiere su mayor expresión cuando alcanza a este segundo precepto en el que Dios y el hombre son amados con todo el corazón.

“**A tu prójimo**” : Es fácil engañarse en este precepto del amor al prójimo. Reviste una cierta dificultad, debido al pecado original, que ha dejado desordenado el corazón del hombre. Ahora el hombre apetece el odio y la venganza contra sus enemigos, siente la ira, la envidia, los celos, etc. Ante tal dificultad intrínseca, fácilmente puede engañarse un adorador de Dios, si no ama también de corazón a su hermano. Pero... ¿cómo amarás al enemigo? –Haciéndole el bien:

«Amad a vuestros enemigos; **haced el bien**, y prestad sin esperar nada a cambio; y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los ingratos y los perversos.» (Lc. 6, 35).

Si antes te decía que tienes que posponer la industria, la cultura, la familia, el apostolado, ahora no te diré diferente. Tan sólo puedes, debes y estás obligado a anteponer el amor a Dios, expresado en la oración, la penitencia, el autodominio, el despliegue de vida entera, al amor al prójimo. Ni tu familia te puede retener:

«El que ama a su **padre** o a su **madre** más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su **hijo** o a su **hija** más que a mí, no es digno de mí.» (Mt. 10, 37).

¿Qué más te puedo añadir?: Ni tu propia vida te puede retener:

«El que pierda su **vida** por mí, la encontrará.» (Mt. 10, 39).

«AMAR A DIOS AMANDO A LOS DEMÁS.

Ninguno de estos dos amores puede ser perfecto si le falta el otro, porque no se puede amar de verdad a Dios sin amar al prójimo; ni se puede amar al prójimo sin amar a Dios (cf. Mt. 22, 37-39; Mc. 12, 30-31; Lc. 10, 27). Por eso el Señor pidió más de una vez a Pedro que lo amase, y por ello éste respondía: tú sabes que te amo, y el Señor siempre concluía “apacienta mis ovejas”, o bien: “apacienta mis corderos” (Jn. 21, 15-17), como si dijera con claridad que sólo ésta es la verdadera y única prueba del amor de Dios, si procuramos estar solícitos del cuidado de nuestros hermanos y les ayudamos.» (S. BEDA, Homilías sobre los Evangelios, 2, 22; CCL 122, 342).

“Como a ti mismo”: La expresión es decisiva. Tú siempre encontrarás disculpas para ti, porque te amas. Así, pues, debes ser con tu prójimo: “como a ti mismo”.

Jesús alude aquí también a un texto de las Sagradas Escrituras:

«No te vengarás ni guardarás rencor contra los hijos de tu pueblo. Amarás a tu prójimo como a ti mismo.» (Lev. 19, 18).

El judaísmo había adulterado este segundo mandamiento y consideraban sólo “prójimo” al judío, no al gentil. Pero Jesús ve en todo corazón humano la imagen de Dios.

“No hay mandamiento mayor que éstos”: Los “dos mandamientos” son la perfección “hic et nunc” (“aquí y ahora”). La caridad es la perfección cristiana. Haciendo todas las cosas por amor a Dios y al prójimo, has llegado ya a la santidad. Este amor es el tronco común del que brotan todas las virtudes:

*Con ella (con la sabiduría = amor saboreado) **me vinieron a la vez todos los bienes**, y riquezas incalculables en sus manos. Y yo me regocijé con todos estos bienes porque la Sabiduría los trae, aunque ignoraba que ella fuese su madre (su origen). Con sencillez la aprendí y sin envidia la comunico; no me guardo ocultas sus riquezas porque es para los hombres un tesoro inagotable y los que lo adquieren se granjean la amistad de Dios recomendados por los dones que les trae la instrucción.» (Sab. 7, 11-14).*

«Por tanto, todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos; porque ésta es la Ley y los Profetas.» (Mt. 7, 12).

*«Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor. Pues **el que ama al prójimo, ha cumplido la ley**. En efecto, lo de: No adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás y todos los demás preceptos, **se resumen en esta fórmula: Amarás a tu prójimo como a ti mismo**. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud.» (Rom. 13, 8-10).*

La caridad contiene todas las virtudes:

«La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta.» (1 Cor. 13, 4-7).

Contrapone el apóstol S. Pablo el amor cristiano en el seno de la comunidad, al odio mundano que se infiltra subrepticamente en el seno de esa misma comunidad:

*«Pues toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: **Amarás a tu prójimo como a ti mismo**. Pero si os mordéis y os devoráis mutuamente, ¡mirad no vayáis mutuamente a destruirlos!» (Gál. 5, 14-15).*

«Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección.» (Col. 3, 14).

«*Todo el que ha nacido de Dios no comete pecado porque su germen permanece en él; y no puede pecar porque ha nacido de Dios.*» (1 Jn. 3, 9).

S. Mateo dice que “*estos dos mandamientos sostienen la ley entera y los profetas*” (Mt. 22, 40). Al igual que la ley del Antiguo Testamento está contenida en el amor a Dios y al prójimo, también está contenida la doctrina profética y sapiencial. Y no sólo el Antiguo Testamento, sino que también el Nuevo Testamento se da cita en este solo precepto del amor.

El apóstol S. Pablo indicará la búsqueda del amor como el germen en el que está todo y no falta nada: “*Buscad la caridad*” (1 Cor. 14, 1). Pero si falta el amor, falta todo y no hay nada, aunque se presenten mil actos virtuosos:

«*Si no tengo caridad, nada soy.*» (1 Cor. 13, 2).

Es demasiado largo, ingrato y peligroso buscar la posesión del amor por medio de las otras virtudes; pero es inmediato, gozoso y seguro alcanzar la perfección de las virtudes por medio del amor: “*Buscad la caridad*” (1 Cor. 14, 1).

«AMANDO LO QUE ES DIGNO DE SER AMADO.

En esta vida la virtud no consiste en otra cosa que en amar lo que se debe amar. Elegirlo es prudencia; no separarse de ello a pesar de las molestias, es fortaleza; a pesar de los incentivos, es templanza; a pesar de la soberbia, es justicia. ¿Y qué hemos de elegir para amarlo con predilección, sino lo mejor que hallemos? Eso es Dios. Si en nuestro amor le antepone algo o lo igualamos con Él, no sabemos amarnos a nosotros mismos. Porque tanto mejor nos ha de ir cuanto más nos acerquemos a aquel que es el mejor de todos. Y vamos hacia Él no con los pies, sino con el amor. Tanto más presente le tenemos cuanto más puro sea el amor con que a Él tendemos. No se extiende o queda excluido en espacios locales, ni se puede ir con los pies, sino con las costumbres, a aquel que en todas partes está presente en su totalidad (cf. Sal. 139). Nuestras costumbres suelen juzgarse no por lo que sabe cada uno, sino conforme a lo que cada uno ama. Y son los buenos y los malos amores los que hacen buenas o malas las costumbres.» (S. AGUSTÍN, Carta a Macedonio, 155, 4, 13; CSEL 44, 443).

“El letrado replicó”: Ante la aplastante teología de Jesús, su claridad luminosa y su sencillez pedagógica, debieron dejar a este excursionista un tanto aturdido. No le quedarán más ganas de hacer otra incursión teológica. Más bien pareciera entorse una incipiente conversión de vida.

“Muy bien”: La aprobación del letrado dejó censurados a todos los fariseos que allí estaban para sorprender a Jesús. Si hubiera callado la boca, hubiera sido más discreta la derrota farisea, pero el letrado muestra un fervor inusual ante estos sombríos enemigos del Evangelio.

“Maestro”: En S. Mateo la expresión “Maestro” forma el exordio del discurso letrado (Mt. 22, 24). Aquí en S. Marcos aparece casi al final. En S. Mateo comienzan halagando la vanidad de Jesús, para luego sorprenderlo y eliminarlo: no han comprendido que en Jesús no cabe vanidad alguna. ¡Atención con los zalameros que con tanto descaro agasajan! No os fieis:

«No os fieis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios.» (1 Jn. 4, 1).

«Pero Jesús no se confiaba a ellos porque los conocía a todos y no tenía necesidad de que se le diera testimonio acerca de los hombres, pues él conocía lo que hay en el hombre.» (Jn. 2, 24-25).

Pero, aunque debes ser cauto y no fiarte de quien procede con halago farisaico, sin embargo, no debes manifestar tu desconfianza, pues debes convertir también al malvado que busca tu ruina.

Los que habían renegado de Jesús, ahora lo reconocen fingidamente como maestro. Antes habían dicho:

«Nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios; pero ése no sabemos de dónde es.» (Jn. 9, 28-29).

«MAESTRO, SABEMOS QUE ERES VERAZ.

Le llaman maestro y dicen la verdad. Pero le llaman maestro, como honrándolo y alabándolo, para que les abra con sencillez el misterio de su corazón, fingiendo querer ser sus discípulos. La alabanza fin-

gida es la primera fuerza de los hipócritas. Alaban a los que desean perder, para inclinar paulatinamente, mediante el gusto de la alabanza, los corazones de los hombres a la simplicidad de una benigna confesión.» (ANÓNIMO, Obra Incompleta sobre el Evangelio de Mateo, 42; PG 56, 867).

Sin embargo, S. Marcos, que pone al final del discurso letrado el epíteto “*Maestro*”, manifiesta más que un halago, una expresión de aceptación calurosa escapada del corazón letrado. ¿Le traicionó el corazón y se le escapó lo contrario de lo que pretendía el letrado? –Parece que no. Más bien parece que muestra una tímida conversión y se desmarca del resto del grupo fariseo, allí presente rechinando los dientes por su fracaso.

“Tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo”: ¿Cómo salir del apuro en el que se había metido el letrado contra Jesús por insidias fariseas? –Reconociendo sinceramente lo que todos los días rezaba este letrado con sus congéneres fariseos.

El reconocimiento del monoteísmo, de parte del letrado, insinúa la necesidad del amor de todos los hombres, que han de adorar al mismo Dios y Padre. Por tanto, queda censurado él por su ataque a Jesús, quedan censurados sus compañeros fariseos y quedan también censurados sus adversos saduceos, pues todos han de tener al mismo Dios por Padre.

“Y no hay otro fuera de Él”: No caben, por tanto, más teologías, ni más filosofías, ni más ideologías. El letrado llegó al corazón de la verdad, está a un paso de la conversión.

“Y que amarlo con todo el corazón”: Este letrado comienza a quitar el freno que había puesto a su amor a Dios y al prójimo. Se expande su corazón hacia Jesús, en el que todavía no reconoce a Dios, pero en el que sí reconoce la verdad que le adorna.

“Con todo el entendimiento”: No sólo quita frenos este letrado, sino que pone aceleración a su vida hacia la verdad. Comienza a decirle algo ahora la oración (Shemá) que diariamente dirige a su Dios y Señor.

“Y con todo el ser”: Se le nota al letrado un tanto enfervorizado repitiendo al pie de la letra las palabras de Jesús. Hay algo de novedoso ahora en esta oración tan repetida rutinariamente día tras día. El letrado percibe una realidad que escapa al resto del grupo fariseo y saduceo. Una

luz celeste se ha filtrado en su corazón y lo ha dejado todo él transido incipientemente de divinidad.

“Y amar al prójimo como a uno mismo”: Ha dado el salto heroico de lo divino a lo humano, pero sin abandonar lo divino, es decir, ha integrado en una unidad inescindible a Dios y al hermano.

“Vale más que todos los holocaustos y sacrificios”: Y como era letrado instruido en la ley, deja constancia de su instrucción aludiendo a un acontecimiento de Samuel con Saúl, y a un texto del profeta Oseas:

«¿Acaso se complace Yahveh en los holocaustos y sacrificios como en la obediencia a la palabra de Yahveh? Mejor es obedecer que sacrificar, mejor la docilidad que la grasa de los carneros.» (1 Sam. 15, 22).

«Porque yo quiero amor, no sacrificio, conocimiento de Dios, más que holocaustos.» (Os. 6, 6).

“Jesús”: Si asombra la evolución del letrado en esta controversia, nos deja sin palabra la paciencia de Jesús y la eficacia en conseguir su propósito de acercar al letrado a su Padre Dios.

“Viendo que había respondido sensatamente”: La respuesta sensata del letrado hace entender que no era esperada, pero que el buen hacer de Jesús la transmutó de inoportuna en sensata.

“Le dijo”: Como fue uno solo el que preguntó a Jesús, Jesús responde a uno solo. La alusión, por tanto, va a ser directamente personal, aunque con alcance analógicamente universal. Lo que le dice al letrado, lo dice también Jesús a los fariseos y saduceos criminales que buscaban su ruina, pero de modo diferente: al letrado indicándole que su buena disposición le está acercando al Reino de Dios, es decir, a la Iglesia; a los fariseos y saduceos indicándoles que tienen muy cerca, delante de ellos el Reino de Dios, es decir, el Mesías.

“No estás lejos del Reino de Dios”: Es una palabra alentadora que provoca dar el paso definitivo hacia el Reino de Dios, que está presente en Cristo Jesús. Le ha querido indicar Jesús que el camino de conversión que ha comenzado es buen camino y que terminará dentro del Reino de Dios.

“Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas”: Los demás fariseos y saduceos, que no tenían disposición de ingresar en el Reino de Dios, allí presente, quedaron silenciados, con ganas de polémica, pero incapaces de hacer frente con su verborrea a la Palabra de Dios.